

vasallos por sus soberanos, fué lo que esperiméntó mayores dificultades, tales que fueron insuperables en la mayor parte de las naciones. No teniendo por conveniente el rey de España y la república de Venecia que participase el clero de las utilidades y ventajas del Estado sin contribuir á llevar sus cargas, porque no comprendian el motivo de esta escepcion, no consintieron nunca en que se publicase esta bula en sus dominios. Tuvo con este motivo el embajador de Felipe II en Roma altercados muy fuertes con el Padre Santo, quien le amenazó con poner entredicho á Madrid y Venecia; y si no lo ejecutó fué porque de allí á poco tiempo necesitó de estas dos potencias para la liga que ajustó con ellas contra los turcos. Tampoco fué admitida la bula en Francia, donde desde el año de 1510 la habia declarado inadmisibile el conciliábulo de Tours, congregado por Luis XII contra Julio II. Como despues de esto hubiesen tratado algunos obispos franceses de hacer que se recibiese en sus diócesis, ordenó el parlamento que fuesen emplazados, que se les embargasen sus rentas, y que cualquiera que no se sujetase á este decreto fuese tenido por rebelde y por reo de lesa magestad. Opúsose en Alemania el emperador Rodolfo II con la mayor energia, á pesar de su mucha indolencia, á la publicacion de esta bula, diciéndole que era no menos contraria al verdadero espíritu de la Religion que á los derechos de los soberanos. Empero la oposicion de los principes á un decreto que debe su origen á unos tiempos en que la autoridad apostólica era el único freno de los gefes de las naciones, no forma una prueba contra esta bula, la cual, siendo una espresion exacta de las necesidades y maximas de la época en que se espidió, contiene miras justas que se apreciarian mal juzgandola por los principios de nuestro siglo y que tienen todas por objeto el alivio de los pueblos y la felicidad de los Estados (a).

(a) Acerca de esta bula *in cana Domini*, véase

Mas feliz fué Pio V en las providencias que tomó para impedir que se estableciese la heregia en algunas ciudades de Italia, donde principiaban varios predicantes atrevidos á trastornar la fé de los pueblos. Siendo ya tan poderoso el partido que no tenia dificultad en luchar contra la Inquisicion, recurrió el Papa á San Carlos Borromeo, pareciéndole que solo la virtud de este hombre singular podria contrarestar los esfuerzos de la heregia; y á la verdad, no fueron vanas sus esperanzas. A la primera insinuacion del Sumo Pontífice trasladóse el santo arzobispo adonde era llamado; pero antes imploró el auxilio del cielo con su clero y su pueblo, encargándoles que continuasen dirigiendo sus súplicas al Todopoderoso, mientras peleaba el contra sus enemigos. Unidas estas armas á la actividad del santo prelado, á su prudencia, moderacion y afabilidad, fueron tan eficaces, que vencidos los reos por medio de la persuasion, confesaron humildemente sus errores, y los abjuraron con toda sinceridad (1). Fué muy corto el número de los refractarios, quienes fueron castigados como perturbadores de la tranquilidad pública, y despues de esto tornó la potestad eclesiástica al libre y espedito ejercicio de su autoridad legitima.

El Papa habia confiado esta comision al santo arzobispo de Milan, por la noticia que tuvo de la admirable visita que acababa de hacer en aquella parte de su diócesis, que se estiende por lo interior de los Alpes hasta el territorio de los suizos (2). No menos como ángel de paz que como prelado revestido de la fortaleza apostólica, habia recorrido Carlos todos los desfiladeros de los valles del Levante, de Brogno y de Ripara, que se estienden hasta dentro

el tomo 16 de la *Biblioteca de Religion*, pag. 92 y siguientes, y el conde de Maistre en su excelente obra intitulada: *Del Papa y de la iglesia galicana*.

(1) Giussan. *Vit. S. Carl. 1. 2. c. 13.*  
(2) *Ibid. c. 13.*

de los cantones de Uri, Schwitz y Underval; mas cuidando con extraordinario afan de no ofender la delicadeza y de conciliarse la benevolencia de una nacion muy celosa de sus derechos, habia escrito ante todas cosas con mucha atencion á los que gobernaban aquellos países por nombramiento de los cantones. Dábales parte de la visita episcopal que se proponia hacer en ellos, y rogábales con grandes testimonios de confianza que le enviasen algunas personas de autoridad para que le acompañasen mientras durase la visita. Con la franqueza de este procedimiento se captó enteramente el amor de los suizos, y enviáronle desde luego un diputado de cada uno de los tres cantones, con órden de complacerle en cuanto se le ofreciese. Al presentarse en su territorio, prodigáronle grandes honores aquellos diputados en nombre de los loables cantones, y acompañáronle durante la visita, renovando á cada paso los testimonios de su veneracion, sin mostrar nunca la menor desconfianza. Siguiendo Carlos el ejemplo de San Pablo, dió pruebas entre los suizos de aquella condescendencia apostólica que se reviste de todas las formas para cautivar á todo género de naciones. A pesar del rigor habitual de su abstinencia, no se desdénaba de sentarse á la mesa con ellos, y de probar algunas veces el vino, no obstante de que no usaba de él en ninguna otra ocasion, reduciendo su inclinacion austera á las reglas indispensables de la templanza, cuando importaba á la causa de Dios acomodarse á las costumbres de sus vecinos. De este modo fué inalterable el afecto que le profesaron, con grande utilidad de la Religion.

Renovó desde esta primera visita toda la faz del cristianismo en aquellos sitios silvestres, y casi abandonados por sus predecesores. Recorriólo todo con indecible trabajo, atravesando nieves y torrentes para buscar sus ovejas descarriadas en las rocas y en las cavernas mas inaccesibles, predicando, catequizando, reanimando las últimas chispas de una fé

casi apagada en el corazon de los pueblos, y aun de los eclesiásticos, estimulando á los pastores relajados, deponiendo á los incorregibles, y dándoles unos sucesores cuyas costumbres pudiesen servir de modelo en lo sucesivo. Tuvo que hacer á pie la mayor parte de la visita, y muchas veces con puntas de hierro en los zapatos para trepar por las rocas escarpadas, ó para sostenerse en la pendiente de los precipicios de que estaba rodeado; y en medio de estos trabajos tan penosos, aherido de frio y estenuado con la hambre y la sed, no encontraba mas alimento que pan de cebada, agua de nieve que se desleía, castañas y alguna otra fruta despreciable, propia de aquel terreno ingrato.

Cuando hubo visitado todo el país, reunió al clero, y exhortó patéticamente á todos sus individuos á vivir como sacerdotes y como pastores, á conducir fielmente sus rebaños por el camino del Evangelio, y á volver á abrazar la antigua disciplina, de la cual apenas habia quedado entre ellos ningun vestigio. Es indecible el efecto que produjo entre los eclesiásticos, y aun en el ánimo de los diputados de los cantones, este discurso lleno de una uncion divina. Enternecidos aquellos magistrados confesaron de buena fé que habian excedido los limites de su jurisdiccion mezclándose en el gobierno eclesiástico; pero protestaron al mismo tiempo, que en cierto modo se habian visto precisados á hacerlo así, á causa de la vida escandalosa del clero y de la negligencia de los arzobispos en reprimir estos desórdenes, y al mismo tiempo aseguraron que en lo sucesivo les bastaría para estar enteramente tranquilos la solicitud de un pastor que se mostraba tan digno de su confianza, de su respeto y de toda su sumision; y prometieron que se trataria con seriedad de la ejecucion de los decretos de Trento, los cuales fueron entonces aceptados solemnemente por el clero del país, como tambien los estatutos del concilio provincial celebrado en Milan para este mismo efecto. Luego que se

restituyó el arzobispo á su capital, envió á los tres valles algunos sacerdotes escogidos, y tras éstos varios religiosos capuchinos, los que con la predicacion y con el uso frecuente de los sacramentos produjeron frutos de edificacion, tanto mas notables entre aquellos pueblos, cuanto estaban menos acostumbrados á semejantes ausilios.

Si la vigilancia de este pastor infatigable se estendia hasta los campos mas remotos é incultos, no era menor su cuidado en atender á las parroquias é iglesias de la ciudad metropolitana, que debia servir de regla y de ejemplo á las demas de la diócesis. Las visitó todas, y se siguió á la visita la supresion de los abusos, la reforma de las costumbres, la renovacion de las prácticas piadosas y la de la magestad del culto público. En las iglesias colegiales, y especialmente en la catedral, habia gran número de canónigos y capellanes, constituidos en varias clases y destinados á todo género de funciones; pero no por eso se celebraban mejor los divinos oficios, porque no residian la mayor parte de los beneficiados. Aun en la metrópoli no se cantaban mas horas canónicas que tercia y vísperas, y muy á menudo el celebrante solia ser un clérigo asalariado. Algunos sugetos poseian dos beneficios en una misma iglesia, y su mala conducta causaba mayor escándalo aún que su negligencia.

No contento Carlos con aplicar el remedio conveniente á estos desórdenes, trató de dar tal esplendor á su iglesia catedral, que viniese á ser la ley viva de todas las demas. Habiendo observado que la cortedad de las distribuciones era la causa de la ausencia de los canónigos, las aumentó segun el plan del concilio de Trento; mandó que por ningun motivo dejasen de celebrarse los divinos oficios á las horas regulares, y además del celador nombrado por el cabildo, estableció otro con el encargo de anotar las faltas de asistencia y las que fuesen contrarias á la dignidad del culto sagrado. Dividió las prebendas en tres clases, á saber,

presbiterales, diaconales y subdiaconales, y nombró un teólogo que predicase los domingos y en las demas fiestas, y que diese lecciones de teología dos veces á la semana en la capilla del palacio arzobispal. Estableció tambien un penitenciario mayor, y le dió cuatro coadjutores con el título de penitenciaros subalternos, y con la obligacion de asistir puntualmente á la iglesia para oír á los penitentes que tuviesen necesidad de su ministerio. Se reunian una vez cada semana para resolver los casos difíciles que les hubiesen ocurrido, ó las dudas que les consultaban de todas las partes de la diócesis. Se dió á esta asamblea el nombre de congregacion de la penitenciaría. Confirióse otra prebenda, llamada doctoral, á un eclesiástico, cuya obligacion era leer los cánones á los clérigos dos veces cada semana. Se instituyó además un maestro de ceremonias para que se observasen estas con la dignidad conveniente; doce clérigos inferiores para desempeñar de un modo eclesiástico los ministerios mas ínfimos; un cuerpo fijo y numeroso de músicos, todos eclesiásticos y de vida arreglada; y en fin, sacristanes empleados en adornar los altares, y en hacer celebrar las misas á las horas señaladas por el prefecto del coro.

Este nuevo orden, la concurrencia, la modestia no menos nueva de los canónigos y beneficiados, la magnificencia de los ornamentos y el esplendor de las ceremonias, atraian á toda la ciudad y aun á los estrangeros á la catedral, donde predicaban dos veces al dia en los domingos y demas festividades los mas elocuentes oradores de Italia; y como á la impresion que habia causado la palabra de Dios, se añadia el embeleso de una suave armonía, se abandonaban los juegos y las diversiones profanas por ir á la casa del Señor á gozar de unos placeres mas puros. Habia gentes que pasaban en la iglesia los dias enteros, y hacian cualquier sacrificio por hallar dónde colocarse; pero la mayor edificacion de las ovejas era la presencia de Carlos, prelado semejante á los

Ambrosios y Basilio, cuando su aspecto magestuoso y la secreta influencia de su virtud imprimian un terror religioso á los señores del mundo.

Después de haber arreglado lo espiritual, cuidó tambien el Santo de lo temporal de su iglesia, que igualmente se hallaba en un estado deplorable con motivo de la negligencia de sus predecesores. No describiremos los muchos ornamentos que su liberalidad magnífica y su gusto esquisito en materia de arquitectura proporcionaron á la casa de Dios, y que del domo ó catedral de Milan formaron uno de los templos mas soberbios de Europa. Sacáronse desde luego de ella todos los monumentos fúnebres y los trofeos profanos, acumulados allí en tan gran número, que parecia una iglesia consagrada á los héroes del paganismo mas bien que al verdadero Dios. Para dar ejemplo el santo cardenal, principió por la traslacion del sepulcro de su tío, el marqués de Melegnano, hermano del Papa Pio IV. Después de esto se grabó en ella por excelentes escultores, con arte admirable, la vida de San Ambrosio. Se puso al reledor del coro una balaustrada magnífica, y se prohibió á todos los legos, de cualquier calidad, que fuesen, sentarse en el pena de excomunion; pero temiendo el prudente prelado que se diese por ofendida la potestad temporal, aun cuando solo trataba de realzar la magestad del santuario, mandó colocar en lugar distinguido asientos elevados para el gobernador y los magistrados. Habia á los dos costados de la catedral dos puertas que correspondian á otras tantas plazas públicas, y formaban á través del templo un pasadizo de que se servian todas las personas sin exceptuar los mozos de esquina. A fin de abolir para siempre esta profanacion, hizo el santo arzobispo tapiar las dos puertas y construir allí dos altares cerrados con un balaustre. Del mismo modo cerró las demas capillas, y las adornó de suerte que su vista escitaba sentimientos de religion. Para la reverencia

devida, especialmente al sacramento que nos hace hijos de Dios y coherederos de Jesucristo, mandó construir una magnífica pila bautismal, cuya taza era de un pórvido esquisito y terminaba en una gran cúpula sostenida por cuatro columnas de mármol preciosísimo, en que el trabajo era todavia muy superior á la materia. El venerable prelado, que respiraba en todas las cosas el espíritu de la santa antigüedad, bautizaba en ella por sí mismo todos los años la víspera de Pascua y de Pentecostés. En fin, estableció una junta encargada de la fabrica para mantener perpétuamente estas instituciones saludables.

No le ocuparon menos que la metrópoli la clausura y la regularidad de las religiosas y el buen orden de todos los monasterios é iglesias de la diócesis. Necesitó de todo su valor para establecer la reforma mas indispensable en la colegial de la Scala, la cual tomó este nombre de su fundadora, y pretendia sin ninguna apariencia de razon estar esenta de la jurisdiccion episcopal. Llegó la insolencia de los refractarios al extremo de excomulgar á su arzobispo, y á disparar contra la cruz arzobispal que llevaba á la sazón el mismo prelado, viéndose espuesto en aquel lance á un peligro inminente de perder la vida.

Aun fué mas terrible el furor de los Hermanos humillados, instituidos en el siglo XII por unos caballeros milaneses, que habiéndose escapado de las cárceles de Alemania, en que se los trataba con la mayor dureza, y sintiéndose eficazmente movidos del espíritu de Dios, se retiraron del mundo para vivir en comunidad (1). Su fervor y su modestia florecieron por mucho tiempo; pero al fin vinieron á parar en una relajacion escandalosa. Como los superiores se habian apropiado las rentas de sus monasterios, lo cual daba lugar á todo género de desórdenes, quiso el santo cardenal, de acuerdo con el Sumo Pontífice, coronarlo de suerte que su vista escitaba sentimientos de religion. Para la reverencia

(1) Giussan. l. 2. c. 23.

regir desde luego este abuso. Tres de estos superiores juraron la muerte del Santo, encargaron la ejecución á uno de sus religiosos llamado Farina, y le dieron por premio del asesinato sacrilego cuarenta escudos de oro, que habia robado otro sacrilego del tesoro de una iglesia inmediata. Acostumbraba el cardenal rezar todas las noches con su familia el *Ave Maria* y algunas otras oraciones en la capilla de su palacio, á cuyo acto tenían la devoción de asistir muchas personas de la parte de afuera. Se disfrazó pues el malvado, se confundió entre el gentío, se puso cerca de la puerta, y á cuatro pasos de distancia disparó al Santo un arcabuzazo cuando se estaban cantando estas palabras de los libros sagrados, *no se conturbe vuestro corazón*. Al oír el ruido se levantaron todos llenos de terror y de sorpresa; pero continuando el Santo con la mayor serenidad, mandó á todos los concurrentes que se arrodillasen, y acabó la oración como si nada hubiese ocurrido: con lo que desapareció fácilmente el asesino. Sin embargo, habia sentido el tiro el prelado en tales términos, que creyéndose herido de muerte, hizo allí mismo el sacrificio de su vida en manos de Dios, dándole gracias porque la perdía en defensa de su ley; pero el cielo habia señalado al plomo fatal el punto en que debía detenerse; y la bala, que seguramente hubiera pasado al Santo de parte á parte, no hizo mas que romperle la ropa y caer á sus pies. Al reconocerle no se halló mas que una mancha negra con una leve contusión, que era, mas bien que herida, un monumento del milagro por el cual habia sido preservado de la muerte.

Luego que se esparció por la ciudad la noticia de este atentado, se sintieron agitados todos sus habitantes de un movimiento de horror y de indignación. El gobernador, los magistrados, los parientes y amigos del santo arzobispo, y los ciudadanos de todas clases, se empeñaron á porfía en formar una guardia para la seguridad de una vida tan preciosa;

pero él no quiso permitirlo jamás, y dijo que las oraciones de su pueblo le servían de una defensa mas segura que un ejército entero. Su repugnancia pareció todavía mayor cuando vio que las dos potestades reunidas hacían rigurosas pesquisas contra los asesinos, y protestó públicamente, y aun por escrito, que los perdonaba con toda la sinceridad de su corazón, y que solo pedía que se arrepintiesen de su pecado ó hiciesen penitencia. Habiendo sido cogido Farina con dos prebostes ó superiores, hizo el Santo las mayores instancias para conseguir su perdón; pero la indignación pública era igual á la enormidad del delito, y le expiaron todos tres con el último suplicio (1570). Convencido uno de estos superiores de la caridad sincera del cardenal, le recomendó una sobrina que dejaba muy necesitada; y el generoso prelado cuidó de ella con el mismo esmero que si se la hubiese recomendado un insigne bienhechor. No contento el Papa con este castigo, suprimió todo aquel orden religioso (1571), pues habia llegado el instituto á tal decadencia, que en noventa y cuatro monasterios no pasaban los religiosos de ciento sesenta y cuatro.

Aunque el orden del monte Carmelo no habia caído en este estado de depravación, se hallaba tan relajado que necesitaba una pronta reforma (1). Los mejores religiosos que habia en él, y particularmente Juan de Yepes que tomó con la reforma el nombre de Juan de la Cruz, como también el prior de Medina, Antonio de Heredia, pensaban en abandonarle y pasar á los cartujos, cuando la muger fuerte que habia suscitado el cielo para la gloria de uno y otro sexo, Teresa de Cepeda, reformadora de las religiosas del Carmelo, encontró á estos dos grandes siervos de Dios, al regresar de Medina del Campo, donde acababa de fundar una nueva casa para sus hijas. Dotada de un talento superior y de un valor extraordinario

(1) *Obras de Santa Teresa, Fundac. c. 3.*

en su sexo, habia conseguido ya del Sumo Pontífice y del general de la orden el permiso para reformar á los religiosos y religiosas que profesaban aquel instituto. Dió á entender á Heredia y á Yepes que estaban espuestos á caer en las ilusiones de aquellos hombres celosos que con pretexto de mayor perfección abandonan su primer estado, y les persuadió que restableciendo la antigua regla del Carmelo en su vigor primitivo, podrían hallar en su propia casa lo que buscaban fuera de ella.

Ya no se trató de otra cosa que de adquirir un monasterio en que se pudiese establecer el nuevo régimen segun el plan que les presentó la Santa. Tenia esta alguna inquietud con motivo del P. Antonio, que siendo de compleción delicada, y estando poco acostumbrado á las maceraciones, sin embargo de que era muy buen religioso, le parecia poco á propósito para dar principio á su reforma. En cuanto al P. Juan de la Cruz, aunque era todavía muy joven, supo de él unas particularidades tan admirables, que se creyó obligada á dar anticipadamente muchas gracias á Dios. No obstante, deseó que uno y otro se ejercitase por espacio de un año en las prácticas á que querían sujetarse.

No fué difícil la adquisición de un monasterio para unos religiosos que solo respiraban mortificación, y á quienes parecían demasiado cómodos los establecimientos que merecían el desprecio de los demás. Un hospicio campestre, ó por mejor decir una casería rústica situada en una aldea de veinte vecinos en la provincia de Ávila, fué el primer monasterio de los carmelitas reformados. Reduciase todo el edificio á un soportal, á un desván, á un cuarto muy pequeño y á una mala cocina, y estaba tan deteriorado cuando fué á reconocerle la Santa, que todas las personas que la acompañaban, quedaron disgustadas luego que le vieron. Sin embargo, se convirtió el soportal en capilla, y el desván en dormitorio, destinando una parte de él para que sirviese

de coro. Despues de haber hecho profesión de la regla primitiva, los dos PP. se trasladaron á este extraño monasterio. Pero ¡cuán diferentes son los ojos de la fe de los de la carne y de la sangre! No solo les pareció habitable, sino lleno de comodidades, y se establecieron en él con la mayor alegría.

A fines del año 1568, en un domingo de Adviento, se celebró la primera misa en la capilla, la que se diferenciaba poco del pesebre de Belen, é inspiraba también la misma devoción. Las santas delicias que gozaban interiormente los dos Padres, los hacían insensibles á los rigores de la estación en un paraje en que ni aun podían preservarse de la inclemencia del tiempo. Desde los maitines que al principio rezaban, como también lo demás del oficio divino, con un Padre de la observancia mitigada que se habia retirado con ellos y con un compañero que todavía no se habia ordenado, se estaban en oración hasta prima en unas hermitillas pegadas á la capilla, y al salir de ellas solían tener los hábitos cubiertos de nieve sin que lo hubiesen advertido. Despues de prima iban á evangelizar por los pueblos circunvecinos donde eran reverenciados como los Profetas á quienes imitaban con tanta propiedad. Andaban descalzos por medio de los hielos y nieves, porque todavía no usaban de sandalias; y despues de haber pasado la mayor parte del dia predicando y confesando, se volvían en ayunas, pareciéndoles que estos trabajos no merecían ninguna atención. Mediante el afecto que supieron inspirar á los pueblos, se trasladaron muy en breve á un lugar mas cómodo, y en pocos años tuvieron un gran número de establecimientos considerables.

No resplandecía menos la virtud en las vírgenes del Carmelo que en estos nuevos profetas; es aquí tan abundante la materia, que es necesario limitarse á algunos rasgos particulares. Refieran otros los milagros, las revelaciones, los éxtasis y raptos, las auste-

ridades espantosas y todas las virtudes extraordinarias que adornaron á muchas almas privilegiadas, aún entre los escogidos del Carmelo; que por nuestra parte, á ejemplo de su sabia fundadora, á pesar de que estaba colmada de estos altos favores, queremos mas contemplar y poner á la vista la marcha uniforme de una virtud pura, sencilla, poco brillante, y por lo mismo mucho mas heróica, y de una fidelidad inviolable á la vocacion del cielo, y á la penosa multitud de las prácticas sucesivas que forman de la vida religiosa y en especial de la de los carmelitas un martirio habitual.

Tal fué entre otras muchas la conducta invariable de sor Beatriz de Oñez, que llenó de admiración á la misma Teresa, de la cual hemos tomado estas noticias (1). La priora y todas las religiosas del convento de Valladolid, donde empezó y acabó su santa carrera, atestiguan que jamás se había podido descubrir en ella la menor imperfeccion. Su humor era siempre igual, se veía siempre su rostro bañado de una alegría modesta, y ningún suceso por adverso que fuese la privaba de su ordinaria tranquilidad; de suerte que la tenían comparada con aquellos pobres vergonzantes que querrian mas bien dejarse morir de miseria que manifestar su necesidad. Hasta su mismo silencio no carecia de cierta amenidad, y jamás fué molesto á nadie. No se la oyó ni una sola palabra que diese á entender que tenia buena opinion de si misma, y su mayor gusto consistía en hablar de las virtudes de las demas. Nunca se disculpaba cuando la superiora con el objeto de probarla la reprendía por alguna cosa que no había hecho. No se quejaba de ninguna incomodidad, ni de ninguna de sus hermanas. A cualquier ofeio que se la destinase no hacia ni decia nada que pudiese desagradar á persona alguna, ni en que pudiese hallar que reprender el capitulo á pesar de

(1) *Hist. de las Fundac. de Santa Teresa*, c. 11.

ser tan perspicaz entre los carmelitas. Era tan arreglada su conducta exterior y tal su union con Dios por medio de la continua oracion, que ningún suceso era capaz de perturbarla. Se mortificaba con tal rigor, que se privaba de las recreaciones mas inocentes, hasta de pasear por el jardin, y de todo género de diversion, porque ninguna hallaba en las criaturas. La eran tan indiferentes todas las cosas terrenas, que parecia no hallarse en medio de ellas; pero ocultaba esta abnegacion con tanta destreza, que era necesario observarla muy de cerca para advertirla. En cuanto á la obediencia, no solo no faltó jamás á ella, sino que le era tan agradable todo lo que la mandaban, que creía no tener ningún mérito en la ejecucion. Su caridad era tan viva y tan generoso su celo por la gloria de Dios y salvacion del prójimo, que estaba pronta á sufrirlo todo por impedir la perdicion de una alma, ó solo por hacer que tuviese una suerte mas ventajosa en la herencia de Jesucristo su hermano. Esta era la expresion que la sujeria la viveza de su fé y de su amor.

Habiendo sabido que iban á quemar á dos facinerosos que no querian que se les hablase de confesion, pidió encarecidamente á nuestro Señor que usase con ellos de su gran misericordia, y egerciese en ella misma los derechos de su justicia afligiéndola con todos los tormentos que habian merecido. No tardó en ser escuchada la caridad que inspiró esta oracion, pues á la noche siguiente se sintió acometida de una enfermedad cruel que la duró toda la vida, y los dos reos murieron penitentes. Se la formó desde luego una apostema en las entrañas y otra en la garganta con unos dolores acerbísimos que solo sirvieron para aumentar su amor á la cruz. No comprendia cómo se podia desear el fin ó la disminucion de lo que se padecia por Dios. Todo su estudio consistía en ocultar sus penalidades. Compadeciéndose de ella un dia la priora en presencia de algunas religiosas que estaban igualmente enterne-

cidas, procuró ella misma consolarlas, y protestó que sus dolores no disminuian en nada su alegría, y que no cambiaria su estado por la salud mas perfecta. Siendo Dios su único placer, consideraba todo lo demas como verdaderas cruces. No pedia ningún remedio ni alimento, y tomaba con accion de gracias todo lo que la daban. Mientras duró la enfermedad no se la oyó una palabra menos comedida, ni causó la menor importunidad á nadie. Obedecía tan puntualmente á la enfermera, que jamás bebía una gota de agua sin su permiso. En fin, convertida en una imagen de todos los dolores y en un modelo perfecto de paciencia cristiana, iban á verla sus hermanas, no tanto por aprender á sufrir, como por adorar la omnipotencia de Dios en el valor que comunicaba á su sierva. Pero no pudiendo durar mucho tiempo una situacion tan violenta, recibió los sacramentos en prosencia de toda la comunidad, despues de lo cual cesaron de repente los dolores, volvió á verse su semblante con su color ordinario, y parecia que estaba inflamado con un fuego celestial. Poco despues levantó los ojos precipitadamente como para contemplar un objeto que la arrebatara fuera de sí; se sonrió dos veces, y luego espiró con tranquilidad dejando á todos convencidos de que su alma angelical, guiada por los espíritus soberanos, iba á colocarse entre aquellos habitantes de las moradas eternas.

Llegó Beatriz de Oñez á este término feliz por el camino trillado de la vida religiosa. Al contrario Teresa, sin embargo de que se sentía inclinada á seguir el mismo género comun de vida, fué conducida siempre por los caminos mas extraordinarios (1). Se aficionó tanto desde su infancia á leer Vidas de Santos que muchas veces empleaba horas enteras en esta lectura con uno de sus hermanos que tenía casi la misma edad que ella. El ejemplo de

(1) *Vida de Santa Teresa, escrita por ella misma*, c. 1.

los mártires y el temor de una eternidad infeliz, inspiraron á estos dos niños la resolucion de asegurarse la bienaventuranza dando la vida por la fé. «Cómo (decía Teresa á su hermano) hemos de estar siempre ardiendo con los condenados? ¿siempre separados de Dios? ¿Quién será capaz de pensar en esto sin estremecerse?» Salieron, pues, de la casa paterna para ir á tierra de moros, y ya iban perdiendo de vista á la ciudad de Ávila, su patria, cuando les encontró un pariente suyo que los obligó á volver atrás. No pudiendo morir mártires, resolvieron vivir como eremitas, y formaron unas celditas en el jardin de su casa, á donde se retiraban muchas veces á hacer oracion. Sin embargo, poco despues de haber muerto la madre de Teresa, lo que sucedió siendo esta de edad de doce años, se entregó á la disipacion y á vanidades mundanas. En aquella ocasion la condujo la Providencia á un monasterio de religiosas agustinas, y la ofreció muchos buenos ejemplos que reanimaron su fervor.

Pasó desde allí en clase de pensionista al convento de las carmelitas de Ávila, y despues tomó allí el hábito en 1536, á los veintinueve años de edad, á pesar de la gran repugnancia con que había mirado hasta entónces el ser religiosa (1). Tuvo que sufrir en su interior por espacio de tres meses los mas terribles combates, y cuando llegó el tiempo de abandonar la casa paterna, experimentó tal revolucion en su máquina á causa de la viveza de su imaginacion, la sensibilidad de su alma y la ternura de su afecto á sus parientes, que, segun se explica la misma Santa, parecia que se la descoyuntaban todos los huesos. Mas ilustrada con una viva luz que la pintaba despreciable todo lo que tiene fin, y únicamente apreciables los bienes permanentes, no se detuvo su alma fuerte en dar el primer paso

(1) *Vida de Santa Teresa, escrita por ella misma*, c. 3 y siguientes.